

procediendo con especial rigor contra las vestales que faltaban a la castidad, como igualmente contra sus seductores; solo que en lugar de enterrar vivas a las primeras, como ordenaba la ley antigua, les dejaba escoger la clase de muerte. Siendo como era bastante supersticioso, es fácil que en este rigor fanático tuvieran gran parte los dos incendios del Capitolio, ocurridos en el espacio de pocos años.

La trasformacion de este Domiciano en el déspota cruel, ceñudo y codicioso, tal como le conoce la posteridad, se hizo muy gradualmente. Una de sus pasiones que mas tesoros devoró fué la edificación, á la cual dieron plausible motivo las ruinas todavía existentes que habian dejado los dos grandes incendios mencionados, el de Neron y mucho mas el del año 80. Por otra parte, Domiciano tenia gusto y afición á la arquitectura, y si llevó á cabo con inusitada magnificencia hasta el año 86 la reconstrucción del templo capitolino y levantó muchas otras fábricas imponentes y suntuosas, no descuidó las construcciones de utilidad práctica. Renovó la antigua calzada llamada via latina, y en el último período de su reinado hizo la nueva, llamada *Domiciana*, que unia á Sinuesa y Puteoli, y otra en Lusitania, desde Emerita á Capara. Mucho gastó para ganar la voluntad de las masas, ya que de ningun modo consiguió entusiasmar ni al Senado ni á la clase aristocrática en general. Fomentó con un celo extraordinario las funciones de circo, que tanto gustaban á los romanos, y todo marchó bien hasta que en el año 84 empezó á hacerse sentir seriamente la escasez de recursos con motivo de las guerras exteriores.

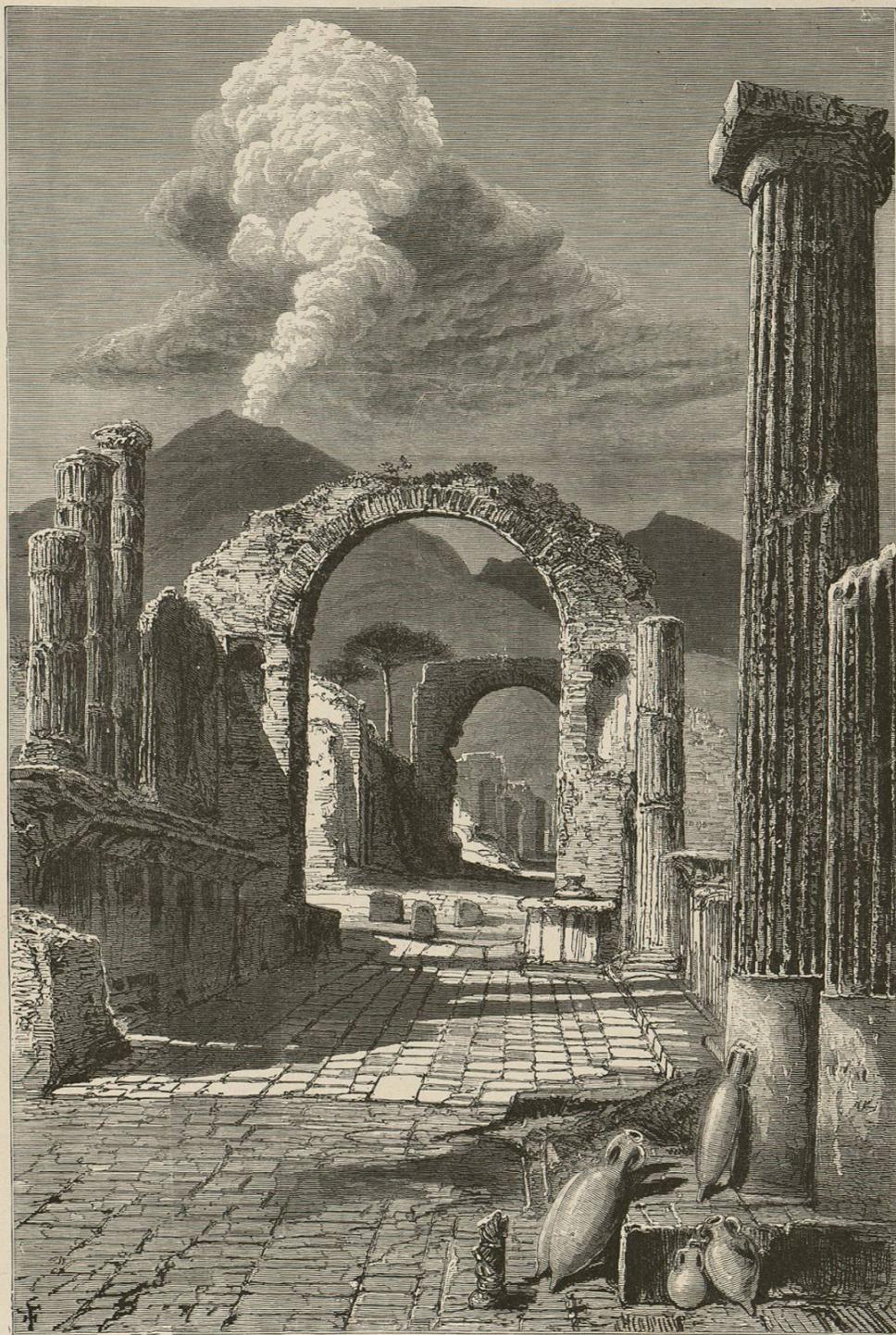
Tenia Domiciano un ardiente deseo de adquirir tambien glorias militares para competir con su padre y hermano, cuyo recuerdo evocaban cabalmente entonces las noticias de victorias alcanzadas en Escocia por las armas romanas, dirigidas por el gobernador general de aquella isla, Agrícola. Consideraba estos lauros como una condicion obligatoria é inseparable de la dignidad imperial, tanto mas cuanto que no era hombre de temer el peligro cuando se le ponía abiertamente delante, sin perjuicio de ser muy accesible al miedo en otras cosas que despertaban su índole recelosa. Se propuso, pues, adquirir gloria militar peleando contra los germanos, que no cesaban de dar motivos, y que en la rebelion de Civilis se habian mostrado nuevamente peligrosos. Los catos especialmente, acababan entonces de realizar una nueva expedicion de rapiña al territorio romano, y de todos modos habia que castigarlos por el ataque que habian dirigido contra Maguncia, mientras ardía la guerra con los bátavos. Los resultados que obtuvo á la cabeza del ejército del Rin contra aquel pueblo, en el año 84, fueron, segun los historiadores modernos, mas importantes de lo que hasta ahora se ha creído, porque si bien en esta campaña no ocurrieron grandes acciones militares de resonancia, el enemigo fué derrotado en todas partes donde se le alcanzó, y se fué siempre retirando mas al interior á medida que las legiones le perseguian y asolaban el país. Parece que Domiciano, viendo que allí no habia ocasion de victorias deslumbradoras, se cansó luego de las fatigas de la lucha y del campamento; pero esta campaña dió motivo á una gran operacion estratégica defensiva, que incluyó en el imperio un nuevo y dilatado territorio de la Germania.

Entonces ocurrió probablemente á Domiciano la idea de redondear la frontera del imperio en el ángulo que forma el Rin con el Danubio, trazando un nuevo límite desde el curso medio del primero hasta el curso medio del segundo, con lo cual se acortaba en gran manera la línea fronteriza, se facilitaba su defensa y se incluía en el imperio todo el vasto triángulo situado entre los dos rios citados y el límite nuevo. Los trabajos para trazar y fortificar debidamente la

nueva frontera se empezaron en el reinado de Domiciano y se concluyeron en los reinados de Trajano y Adriano. Es probable que el emperador Claudio prolongase ya el límite fortificado, principiado por Tiberio en la cuenca baja del Rin, desde el curso inferior del Lahn hasta Maguncia y aun mas al Sur, dejando del lado de la Galia una parte importante de la region montuosa del Sudoeste de la Germania é indicando ya la direccion del límite fijado por Domiciano hasta juntarse á las fortalezas del Danubio en su curso superior, construidas y aumentadas con este fin paulatinamente desde el reinado de Claudio. El territorio triangular incorporado de esta manera al imperio fué agregado á la provincia del Alto Rin, que la administracion romana llamaba Germania Alta, mientras el terreno nuevamente adquirido se llamó Tierra del Diezmo (*Agri Decumates*), porque á fin de romanizarlo con toda la brevedad posible se establecieron allí, además de los indígenas que quedaron, muchos galoromanos y veteranos romanos ya en tiempo de los emperadores de la familia Flavia, como lo prueban los restos de una ciudad romana llamada *Aræ Flaviae*, en las inmediaciones de la actual ciudad de Rotweil.

Teniendo que volver á hablar de este nuevo límite al exponer la historia romana en el segundo siglo de nuestra era, nos limitaremos aquí á dar una idea general de su direccion. Arrancaba desde Kehlheim, donde desemboca el Altmühl en el Danubio, y se extendía formando una curva de 23 leguas en direccion Oeste, pasando por Kipfenber al Norte de Eichstädt, Weissenburgo, Gunzenhausen al Norte de Oettingen, Bopfingen y Aalen hasta Lorch (Laureacum) en Wurtemberg. Mas arriba de Lorch, cerca de Welzheim, formaba la línea defensiva casi un ángulo recto y corría un trecho de catorce leguas casi en línea recta de Sur á Norte hasta Iagsthausen, desde donde penetraba en el actual gran ducado de Baden, atravesaba el Odenwald y se dirigía á Freudenberg á orillas del Mein. Desde allí seguía la divisoria hidrográfica del Spesshardt al Este del Mein hasta cerca del sitio donde está la poblacion de Wirtheim, á orillas del Kinzig. Desde allí abandonaba la direccion de Sur á Norte y tomaba la del Oeste, con algunas inflexiones hácia el Sur, siguiendo la vertiente septentrional del Taunus hasta Langenschwalbach, donde volvía á inclinarse hácia el Norte hasta llegar al rio Lahn mas arriba de Ems. Este rio formaba al parecer la divisoria entre las dos provincias romanas Germania Alta y Baja. Allí encontraba este límite fortificado el extremo Sur del límite construido por Tiberio en la cuenca del Bajo Rin. La longitud de toda la línea desde el Danubio hasta el Lahn era de mas de 60 leguas alemanas (aproximadamente 510 kilómetros), y en muchos puntos, segun los innumerables restos conservados consistía en un terraplen con base de cal y canto delante del cual corría un foso de diez piés de ancho por término medio y precedido á su vez por una empalizada. Detrás del terraplen se levantaban atalayas, castillejos y campamentos fortificados segun las condiciones locales. Los campamentos fortificados y castillos tenian como siempre la forma cuadrada ó cuadrilonga con ángulos redondeados, atravesados por dos caminos centrales que formaban cruz, en cuyo centro estaban el edificio principal con la habitacion del comandante y el depósito sagrado de las enseñas guerreras. La tropa estaba alojada en los campamentos transitorios en barracas ó tiendas de campaña, y en los campamentos permanentes en edificios de madera, de ladrillo ó de piedra.

Desgraciadamente no fueron todas las disposiciones militares de Domiciano tan inteligentes como el plan de esta línea fortificada. A su regreso hizo decretar por el Senado una entrada triunfal para celebrar las grandes victorias que habia obtenido en Germania, y en este triunfo, que se verificó



Calle del Foro, en Pompeya

con gran pompa, figuraron, según se dijo, á falta de suficiente número de prisioneros de guerra, muchos esclavos comprados con este objeto y disfrazados de catos. Además el vanidoso emperador adoptó el sobrenombre de Germánico y divertió al pueblo de la capital con una serie de fiestas brillantes, figurando en las corridas del circo además de los cuatro partidos antiguos con sus colores respectivos, dos nuevos, que adoptaron como distintivo el uno el oro y el otro el color de púrpura.

Desde entonces el emperador fué buscando cada día con más empeño el apoyo del ejército á medida que se marcaba más la distancia que le separaba del Senado. Por desgracia compró el afecto de la tropa con una lamentable relajación de la disciplina, que tanto había costado á su padre restablecer, y lo peor fué que esta excesiva tolerancia y afabilidad forzada le obligaron á aumentar los sueldos con demasiada liberalidad, subiendo el de los legionarios en la proporción de 9 á 12, es decir, en lugar de 225 denarios anuales á 300, ó sean 326 pesetas. En la misma proporción aumentó el sueldo de la guarnición de Roma, y sobre todo el de la guardia pretoriana. No hay duda que la tropa regular, los legionarios, merecían un aumento de sueldo; pero también era verdad que no pudiendo reducir la fuerza armada resultaba de este aumento una terrible carga para el tesoro. Por eso desde entonces, gastado ya todo el fondo de reserva acumulado por Vespasiano, luchó siempre Domiciano con la penuria, la cual, no habiendo querido restringir sus costosas empresas y prodigalidades, le llevó á echar mano del triste sistema de las confiscaciones bárbaras, por medio de causas criminales de alta traición formadas á los miembros de las familias más ricas y distinguidas. Con este fin se valió, como todos los déspotas, de miserables delaciones é inauguró un nuevo período siniestro para las familias romanas más notables.

La envidia que tenía de las glorias de otros, produjo también grandes perjuicios al imperio. No solo destituyó al eminente Agrícola del cargo en cuyo desempeño tantos lauros había adquirido sino que no quiso darle otro donde pudiera adquirir nueva celebridad tan luego como creyó tener ganada la voluntad del ejército hácia su persona. Agrícola había estado á la verdad, mucho más tiempo del que era costumbre á la cabeza de la provincia de Inglaterra, donde había extendido la fama de las armas romanas y dilatado las fronteras del imperio. En el año 80 había penetrado en Escocia, y al año siguiente, con 30,000 hombres y una escuadra que seguía por la costa la marcha del ejército terrestre, llegó hasta la línea que separa á Glasgow y Edimburgo, ó sea el golfo del Clyde del de Forth, y que se recorre en 16 horas. Empleó aquel año y el siguiente en someter definitivamente á los habitantes del nuevo país conquistado, á cuyo fin construyó un buen número de fortalezas y de castillos menores, principalmente en la línea indicada. También parece que entonces levantó la gran fortaleza de Eburacum (hoy York), en el Norte de Inglaterra, á fin de conservar el contacto con el Sur y sujetar á los brigantes, que habían tenido hasta entonces en aquel punto su centro principal. Más adelante estableció en esta fortaleza su cuartel general con la legión IX. La importancia de esta plaza y la de otros puntos estratégicos que probablemente fortificó Agrícola en el Mediodía de Escocia, creció de punto cuando Domiciano llamó al continente la legión II llamada Adjutrix.

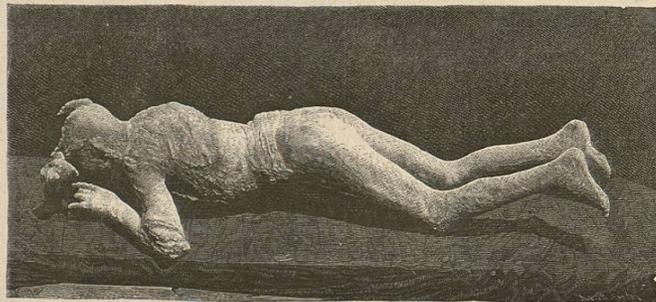
En el año 82 Agrícola, en una expedición marítima al Norte de Escocia, observó en la costa occidental la vecina isla de Irlanda, y entró en relaciones con algunos de sus caudillos. De estos sucesos dió parte al emperador, pidiéndole autorización para conquistar la isla y solicitando á este

fin algun refuerzo de tropa; pero como el emperador no accedió á su petición, aprovechó Agrícola el año 83 para hacer un reconocimiento de la Escocia oriental al Norte del golfo de Frith, acompañado también esta vez por la escuadra á lo largo de la costa. Su marcha fué dificultada por la encarnizada lucha que hubo de sostener con los indígenas, los caledonios, que sorprendieron una noche la legión IX causándole gravísimas pérdidas. A consecuencia de esta invasión, levantáronse los pueblos de Escocia en masa contra los extranjeros, y al año siguiente, 84, Agrícola se propuso someter á estos pueblos para siempre. A principios del verano del citado año presentóse con numerosa fuerza en las comarcas al Norte de Edimburgo y de Perth, donde salieron á su encuentro los caledonios en número de más de 30,000, acudillados por su jefe Calgaco. La batalla que se dió á últimos del verano al pie del monte Graupio fué sangrientísima; pero los romanos, aunque muy inferiores en número, quedaron victoriosos. Esta victoria no tuvo consecuencias políticas; y mientras la escuadra continuaba su viaje hasta el extremo Norte, doblando el cabo Wrath y llegando hasta las islas Orcadas, emprendió Agrícola su regreso á York, donde tuvo que sofocar una sublevación peligrosa del pueblo brigante. Al año siguiente fué llamado Agrícola por el emperador á Roma, con lo cual quedaron abandonados sus proyectos de conquista de la Escocia septentrional, conquista que por lo demás difícilmente hubiera recompensado los gastos enormes que habría causado. Durante largo tiempo costó, en efecto, mucho trabajo á los romanos someter completamente al pueblo brigante en el Norte de Inglaterra, y aun hasta en tiempo de Trajano, sus generales Salvio Liberal y Neracio Marcelo no pudieron ocupar permanentemente un territorio no muy grande al Norte de York sino por medio de ciudadelas y fuertes que hubieron de construir. Aun en estas luchas sufrió tan enormes pérdidas la legión IX, que el emperador Adriano tuvo después que mandarla relevar por la legión VI ó Victrix, procedente de España y que á la sazón estaba en Vetera.

Domiciano recibió á Agrícola, cuando se le presentó en Roma, con marcada frialdad, y en su consecuencia el eminente general y hombre de Estado se retiró á la vida privada en la cual continuó hasta su muerte, que ocurrió en el año 93. Tan grandes y fatales eran la envidia y la malicia de Domiciano, que no aprovechó nunca más los servicios de Agrícola á pesar de que la situación en el Bajo Danubio tomó, no mucho tiempo después, un carácter tan peligroso que requería perentoriamente un hombre tan perito y enérgico como aquel. El anciano rey de los dacios Duras, probablemente con la anuencia de los jefes de tribu, había cedido la jefatura de todas las geto-dacias que habitaban el país situado entre el Teiss, el Danubio y el Dniester, á un hombre llamado por los historiadores Decébalos, nombre que quizás era el de su categoría como rey en su país, siendo el propio verdadero Diurpaneo. Este nuevo jefe ó rey supremo estaba dotado de cualidades extraordinarias que le hacían apto para gobernante y para general, y era tanto más peligroso cuanto que los pueblos que le habían admitido por rey eran en extremo belicosos y valientes á la par que un tanto civilizados por su contacto con las civilizaciones griega y romana. Organizó Decébalos desde luego un numeroso ejército, que aumentó con desertores romanos y con individuos de los pueblos afines vecinos que se hallaban incorporados al imperio, y que naturalmente se empezaron á agitar al ver la importancia y el poderío que adquiría el nuevo reino formado por hermanos suyos. Los romanos, que desde antiguo habían seguido la política de no permitir en sus fronteras la formación de un gran poder unido, miraron con recelo esta

unificación de los pueblos geto-dacios bajo el gobierno de un hombre como Decéballo. El nuevo rey, enterado probablemente de los defectos de Domiciano y de la aversión que le tenía una gran parte del mundo romano, resolvió lanzarse el primero al ataque; pasó el Danubio en el año 86, penetró en la Mesia, aniquiló el ejército que le opuso el gobernador general con categoría de cónsul Opio Sabino, y devastó todo el país hasta los Balcanes.

Cuando estos sucesos en el Bajo Danubio tenían ocupados a los romanos, echáronse los catos, en el Noroeste de la Germania, sobre sus vecinos los cheruscos, cuyo jefe Cario-mero era amigo de Roma. Cario-mero fué expulsado del país y su pueblo sometido a los catos en el año 88, sin que los romanos, ocupados a la sazón con los dacios, pudiesen acudir en su auxilio. Domiciano, en vista de la invasión de los dacios en la Mesia, reunió a toda prisa y con no pocos esfuerzos un gran ejército; pero cometió la locura, por no entregar el mando a Agrícola, de darlo a uno de sus amigos, el jefe de la guardia pretoriana Cornelio Fusco, militar de



Cadáver encontrado en las excavaciones de Pompeya

dotes muy medianos, que de ningún modo podía medirse con el travieso, astuto y hábil Decéballo. El ejército pasó el Danubio por el lado de la Mesia, y Domiciano, que iba con él, se quedó por breve tiempo en una plaza fronteriza y después regresó a Roma, mientras su general tuvo la imprudencia de penetrar en el interior frágil de la Dacia. Allí, en el año 87, y en una posición desfavorable para los romanos, le atacaron los dacios con tanto ímpetu que derrotaron y casi aniquilaron al ejército invasor. Cornelio Fusco murió en el combate, una legión entera desapareció con su águila, y las demás quedaron más o menos descalabradas. El emperador hizo entonces nuevos armamentos para la campaña del año siguiente, y dió esta vez el mando a un general más capaz, el valiente Tercio Juliano, que se había distinguido ya en los reinados de Oton y Vespasiano como gobernador general de la Mesia. Este jefe, después de restablecer el buen orden y levantar el espíritu del ejército, arrojó a los dacios de la Mesia, que habían vuelto a invadir, y les libró después en su propio país una batalla

dotes muy medianos, que de ningún modo podía medirse con el travieso, astuto y hábil Decéballo.

El ejército pasó el Danubio por el lado de la Mesia, y Domiciano, que iba con él, se quedó por breve tiempo en una plaza fronteriza y después regresó a Roma, mientras su general tuvo la imprudencia de penetrar en el interior frágil de la Dacia. Allí, en el año 87, y en una posición desfavorable para los romanos, le atacaron los dacios con tanto ímpetu que derrotaron y casi aniquilaron al ejército invasor. Cornelio Fusco murió en el combate, una legión entera desapareció con su águila, y las demás quedaron más o menos descalabradas. El emperador hizo entonces nuevos armamentos para la campaña del año siguiente, y dió esta vez el mando a un general más capaz, el valiente Tercio Juliano, que se había distinguido ya en los reinados de Oton y Vespasiano como gobernador general de la Mesia. Este jefe, después de restablecer el buen orden y levantar el espíritu del ejército, arrojó a los dacios de la Mesia, que habían vuelto a invadir, y les libró después en su propio país una batalla

Domiciano, para salvar las apariencias, tomó aires de vencedor; concedió a Decéballo la categoría de soberano aliado de Roma, y tuvo el descaro de celebrar esta solución como un triunfo. En efecto, se realizó la entrada triunfal en Roma con grandísima pompa en enero del año 90, acompañada de las grandes fiestas de costumbre; Domiciano se adjudicó el sobrenombre de Dácico y conmemoró estas sus pretendidas victorias con la erección de monumentos triunfales y con poesías que hubieron de componer sus poetas cortesanos. En realidad el convenio hecho con Decéballo era tan vergonzoso como perjudicial para el imperio, porque si bien quedaron subsistentes las mismas fronteras que antes, en cambio el emperador se obligó a pagar una gran cantidad de dinero al rey dacio al hacer la paz, y otra anual fija con carácter de donativo ó subsidio, que los romanos, disgustadísimos, calificaron con razón de verdadero tributo. Además, Domiciano se comprometió, según estipulación del mismo convenio, a enviar al rey dacio un gran número de artistas y artesanos para trabajos pacíficos y militares, obras que naturalmente no tenían más objeto que servir de preparativos para nuevas guerras contra el imperio; y estas guerras infaliblemente habían de sobrevenir tan pronto como un hombre verdaderamente grande manejara los destinos de Roma, como sucedió en efecto al cabo de algunos años.

Los pocos que Domiciano reinó todavía después de su regreso del Danubio, fueron para las altas clases de la sociedad romana una calamidad terrible. El emperador, más convencido que nunca de que la masa del pueblo y la tropa eran sus mayores apoyos, las lisonjeó sin cesar con diversio-

nes y liberalidades de toda clase; su administración se transformó en un sistema de rapiña de que nacían las extorsiones más escandalosas, a las cuales para mayor desgracia se unió el desarrollo de instintos sanguinarios que habían dormitado latentes hasta que la emperatriz los despertó y desencadenó con su conducta liviana. Domiciano, joven todavía y estando su padre en Egipto, se había enamorado de la discreta y bella Domicia Longina, hija del valiente Corbulon, la había arrebatado a su esposo L. Elio Lamia Emiliano, y después se había casado con ella. Esta mujer, que quizás era el único ser a quien Domiciano amaba realmente, le engañó, sin embargo, a consecuencia de la pasión violenta que le inspiró un privado de su esposo, el actor Páris. Cuando el emperador lo supo, concibió tal furor que hizo asesinar al amante de su esposa en medio de la calle sin aviso ni preámbulo, a cuyo acto siguieron otros no menos bárbaros a consecuencia del mismo suceso, y solo por los consejos del valiente y noble libertino Flavio Urso, perdonó la vida a la emperatriz, desterrándola de Roma. Sin embargo, algún tiempo después la volvió a admitir a su lado.

Este acontecimiento despertó en Domiciano los instintos de fiera, y desde entonces hasta el fin de su vida y reinado la historia registra un derramamiento siempre creciente de sangre; pero solo desde que empezó a temer por su vida se volvió verdaderamente cruel, destructor é inhumano por ferocidad, a saber, desde el año 93, si bien no faltaron antes iniquidades, entre otras la explotación odiosa de las causas de lesa majestad, que restableció y que dieron lugar no solamente a confiscaciones y destierros sino también a ejecuciones capitales. Así tomaron ya en los años 89 y 90 un carácter despótico y aterrador sus procedimientos contra las vestales acusadas con razón ó sin ella de haber faltado a la castidad, y contra sus seductores verdaderos ó supuestos.

Al principio se había limitado a desahogar su tendencia al despotismo en el Senado insultando a esta corporación con su desmedida altanería. La guerra estaba ya declarada en el segundo año de su reinado, cuando el Senado quiso obligar al emperador a respetar el fuero particular de la corporación en todos los puntos capitales. Domiciano consideró esta pretensión como un despojo de su autoridad imperial, y desde entonces se agriaron cada vez más las relaciones entre las dos autoridades. El emperador se volvió cada vez más absolutista, más adusto y más inaccesible; estudiaba con mucho empeño los escritos de Tiberio, de lúgubre memoria y a toda exageración de sus dotes y cualidades personales, Domiciano fué todavía más lejos en el empeño de reducir al Senado a corporación sin ningún derecho autónomo ni soberano. El tratamiento de *señor*, que muchos romanos con aficiones republicanas repugnaban entonces todavía, no bastó ya a Domiciano, el cual no tardó en firmarse en todos los documentos y edictos, «hijo y hermano de dioses.» Después empezaron sus decretos con estas palabras: «Vuestro señor y dios,» y no tardó en recibir este último tratamiento en todos los discursos verbales y escritos que se le dirigían; de modo que la corporación sacerdotal instituida por Tito para honrar la memoria de su padre, adquirió la mayor importancia y se organizó el *culto flavio* con escrupulosa minuciosidad. En todas partes se levantaron templos y santuarios dedicados a rendir culto al divino Domiciano, y delante de todas sus estatuas, especialmente delante de las de oro y plata colocadas en el Capitolio, no cesaron los sacrificios de animales, según uso de las religiones antiguas.

A esta soberbia añadía el déspota fanático una veneración apasionadísima a Minerva, su divinidad favorita y de la cual

se complacía en proclamarse hijo, y la dedicó santuarios nuevos y costosísimos. Desde el principio había celebrado siempre el cumpleaños de la diosa (fiesta anual que duraba desde el 19 hasta el 23 de marzo) con funciones magníficas en su quinta favorita del monte Albano. Estas fiestas consistían principalmente en actos y concursos de oradores y poetas, que tenían además un objeto práctico para él, a saber, el de atraerse a los literatos de su época. El mismo objeto tenían los juegos capitolinos quinquenales que instituyó el año 86 cuando la consagración del Capitolio reedificado, y en cuyas fiestas desempeñaban el principal papel las



Estatua del emperador Domiciano

musas. Mas adelante, cuando hablemos de la literatura de esta época, veremos que Domiciano logró efectivamente su objeto, y como prueba citaremos aquí por el pronto a Estacio, Marcial y Quintiliano, también español, que fué ayo de varios parientes de Domiciano.

El Senado volvió a verse como tantas otras veces oprimido y obligado a ocultar su odio contra el emperador bajo la máscara del servilismo; y sin embargo sus miembros sufrieron humillaciones continuas, ya porque Domiciano castigaba sin misericordia sus menores faltas, ya porque los postergaba adrede, prefiriendo a ellos sistemáticamente en todas las ocasiones los simples caballeros y libertos. Un gran paso dió Domiciano en el engrandecimiento de su poder absoluto apropiándose en el año 84 para toda su vida la censura, con la cual adquirió el derecho de destituir y nombrar a su antojo a los senadores, y el de velar por la moralidad pública. Este último fué en sus manos una nueva arma para humillar a las familias senatoriales, que por desgracia le daban también abundante motivo para ello, mientras los individuos que formaban parte del Senado estaban completamente a su merced.